

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

POR PARTES

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

Pranas
Ediciones 



RiL editores

341.481 Latorre-Gentoso, Ítalo

L Dignidad por partes. Reflexiones en torno a la
ética del cuidado / Ítalo Latorre-Gentoso. --
Santiago : RIL editores, 202X.

132 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-1612-3

1 ÉTICA SOCIAL. 2 DERECHOS HUMANOS.



DIGNIDAD POR PARTES.
REFLEXIONES EN TORNO A LA ÉTICA DEL CUIDADO
Primera edición: junio de 2024

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2024
Registro de Propiedad Intelectual
N° 2024-A-1169

© RIL® editores, 2024
© Pranas Chile Ediciones, 2024

SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
☎ (56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición e impresión: RIL® editores
Diseño de portada: Í. L.-G.

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-1612-3

Derechos reservados.

RITUALIZAR LAS MUERTES DE QUIENES AMAMOS

El duelo se ha neoliberalizado y el dolor se ha individualizado, patologizado, cronometrado, estandarizado, normalizado y negociado.

Pienso en este proceso de la vida desde los ritos de paso. Un viaje de reincorporación a un territorio de identidad nuevo producto de un cambio vital que sería la muerte de una figura significativa. No lo entiendo como un proceso distinto a las otras migraciones de identidad que hacemos en la vida, eso de cuando cambiamos de estatus y no hay vuelta atrás, quien se gradúa, quien tiene un hijo, quien transiciona de género, etc. Sería uno más de los eventos de la vida en los que necesitamos migrar, transitar la identidad para integrar e incorporar los nuevos aspectos de la sensación de quién estoy siendo y de mis relaciones. Sería reformular, volver a narrar, una *reautoría* de la relación perdida.

Y todo rito de paso tiene un punto de partida, luego un espacio liminal y un arribo. El espacio liminal es ese lugar donde, pese a no haber vuelta atrás, aún no habito del todo la identidad a la cual estoy migrando. Cuando no soy ni estudiante ni graduado con experiencia; cuando no soy ni niño* ni adulto*; cuando la presencia de alguien que acaba de morir sigue tan intensa como si estuviese viva, pero no lo está, al menos no físicamente en el cuerpo que habitaba.

Si creemos que la sensación de identidad es un logro colectivo, se puede entender que la pérdida de una figura significativa nos desafía a vivir un proceso intenso de construcción de significados. Con figura significativa me estoy refiriendo a un ser querido, una mascota o incluso una figura que quizá no formó parte directa, material de la vida, como, por ejemplo, un artista que nos emocionó mucho.

La relación con una figura significativa que ha formado parte de lo que un* ha sido, de la propia historia, cambia de estatus, cambia su forma, no se pierde, pero la forma que tenía ya no la tiene.

Michael White hablaba de «decir de nuevo: ¡Hola!» como antídoto a la metáfora de «decir adiós» y «dejar ir», que tan habitualmente produce diagnósticos como *duelo patológico*, *trastornos del ánimo* o *estrés postraumático*, esto cuando los procesos de las personas no calzan con los estándares del Manual de Psicodiagnóstico Clínico (DSM), dicho en otras palabras, cuando el duelo interfiere con la capacidad productiva de la persona. Al contrario, esto sería volver a saludar a la persona e ir construyendo las nuevas formas de relación con su presencia, ahora en otras dimensiones. Pero para esto se requiere de un contexto que respete los procesos de construcción de significado que van desarrollándose en este espacio liminal.

En relación a lo predecible, hay por lo menos dos tipos de muertes: las abruptas, cuyo duelo comienza con fuerza y de forma repentina (más allá de la forma que este tome) y otras en las que el duelo comienza antes de la muerte, cuando alguien enferma, o aquellas personas que lo más seguro es que morirán antes que nosotr*s. Por ejemplo, el duelo por la muerte de nuestr*s viej*s empezaría antes, sabemos que van a morir y de alguna manera venimos preparándonos para esto, muchas veces en secreto, otras de maneras más colectivas en conversaciones con otras personas. Esto no quiere decir que no nos duela o que no tenga el potencial de impactarnos con fuerza. No así, por ejemplo, la muerte de un hij*, que aunque no necesariamente repentina, siempre sería inesperada, tanto en el vientre como por enfermedad o accidente. Una

persona en consulta me dijo una vez: «La muerte de mi padre y luego de mi madre me dolieron en el alma, pero no hay espacio suficiente en el corazón para el dolor de la muerte de un hijo. La muerte de un hijo nunca se espera»... hay otras para las que nos veníamos preparando desde hace más tiempo.

El duelo sería una práctica vital continua, no un momento o un proceso separado del resto de la vida, sino que parte de las relaciones y de todo aquello de lo cual éstas se componen, se forman.

La expresión emocional del duelo tiene que ver con el sentido, la experiencia y el significado; lo que esa relación significaba para mí, por lo tanto, el duelo es un proceso de construcción de significado y como tal, es un proceso más sutil, íntimo y cotidiano que eso que se muestra como fases generales, universales, esperables y normales del duelo.

Tampoco es algo que *nos pasa*, sino que más bien es algo que *hacemos*, que vamos construyendo. El duelo sería una forma de responder a lo significativo que una relación es para nosotr*s. Por lo tanto, sería una expresión. ¿Y cómo lo hacemos? ¿Cómo lo construimos? En pequeñas expresiones cotidianas, no sólo el altar o la visita al cementerio —que por supuesto formarían parte—, sino que también en una serie de pequeños, pero poderosos actos de reintegración de la vida, el vaso extra en la mesa, ordenar su habitación como le gustaba, consultarle antes de tomar una decisión importante, agradecerle por los consejos que nos sigue regalando, negarse a olvidar pese a las presiones...

Entonces, para que el duelo pueda cumplir con su propósito, no debieran haber interferencias en su espacio liminal: debiera saberse dónde está el cuerpo si fue desaparición forzada; hacer los rituales públicos y privados que se necesite o se quiera sin la necesidad de esconderse; no imponer el tan prepotente olvido ni la vuelta de página; haber justicia si fue un crimen; no tener que escuchar rituales de degradación que descalifiquen su identidad y memoria; no temporalizar ni cronometrar la pena; no medir la intensidad del llanto; no utilizar la muerte con miserables propósitos políticos; etc.

Ritualizar las muertes de quienes amamos sería una forma de construir memoria, de restituir el sentido de continuidad de la vida y las relaciones importantes, de honrar todo eso que hace que la vida tenga sentido. Sería una de las expresiones fundamentales de dignidad.